



LAUTRÉAMONT (SANS) AUTRES RENSEIGNEMENTS

RUY CÂMARA Cantos de otoño. Novela de la vida de Lautréamont

(trad. de Basilio Losada, La Otra Orilla,
Barcelona, 2007).

Antonio Lastra

En la muy concisa nota que la *Enciclopedia Británica* dedicaba en 1990 a Lautréamont podía leerse que se trataba de una “extraña y enigmática figura de la literatura francesa, reconocida como una influencia importante en Rimbaud, Baudelaire y los surrealistas”, de cuya vida nada se sabe una vez llegó a París y de la que no hay retrato alguno. “Tomó el nombre de Lautréamont y su título del arrogante héroe de una novela de Eugène Sue.” Lautréamont —agrega la nota— murió en París en 1870, víctima posiblemente de la policía durante el asedio alemán de la ciudad. “Sans autres renseignements”, decía la aún más concisa nota que el forense puso sobre el cadáver del poeta.

El escritor brasileño Ruy Câmara ha escrito sus *Cantos de otoño*, una “novela de la vida de Lautréamont”, para contrarrestar,

con la verdad de la poesía, la falta de información y, en cierto modo, la desinformación de la historia. Su libro aparece al mismo tiempo y en la misma editorial que una nueva traducción al español de *Los cantos de Maldoror*, al cuidado de Manuel Serrat Crespo, que ya había traducido el texto de Lautréamont para la editorial Cátedra en 1988 y que, en esta ocasión, siguiendo las investigaciones del profesor de la Universidad de Montreal Guy Lafèche, ha enfatizado en su versión el hecho de que el español fuera la primera lengua del autor de *Los cantos de Maldoror*. (Las versiones de Serrat Crespo se unen a las de Aldo Pellegrini en Olañeta, Ana Alonso en Visor, Ángel Pariente en Renacimiento y Pre-Textos y Carlos R. Méndez en Gredos. Julio Gómez de la Serna fue el primer traductor de Lautréamont al castellano.) El propio Câmara es autor del prólogo a esta nueva traducción, un prólogo que puede servir de pauta para leer su novela.

Al escoger, en efecto, la forma ficticia de la novela en lugar del tono documental del ensayo, Câmara ha humanizado a Isidore Ducasse, el conde de Lautréamont para la literatura. No sólo ha aportado datos que —sean o no verificables— deshacen para siempre la extrañeza que el personaje causó desde el principio (Rubén Darío lo incluiría entre *Los raros*), sino que, en su tarea de corrección y reconstrucción, logra acercar al lector a una vida cotidiana en la que, a falta de grandes acontecimientos, el problema del mal adquiere su verdadera significación. Gaston Bachelard se esforzó por demostrar, en el libro más profundo de la bibliografía sobre el poeta y que señalaría una *rupture épistémologique* en su propia trayectoria, que podía sentirse una admiración sincera por Lautréamont sin caer en la idolatría surrealista, insistiendo precisamente en lo que llamaría “nuestra pertenencia al mundo de las imágenes”, y Câmara participa plenamente de esa admiración. Con esta perspectiva, las grandes fuerzas narrativas que dirigen su escritura, a las que Câmara denomina la “Mirada” y la “Voz”, no

son más importantes que la minuciosidad imaginaria con la que puebla la vida cotidiana del poeta, desde su infancia en Montevideo, marcada por el suicidio de la madre y el irreversible alejamiento del padre, hasta la adolescencia en el Liceo Imperial de Tarbes y su llegada a París, donde escribiría *Los cantos de Maldoror* y empezaría una serie de *Poesías* que quedarían inacabadas a su muerte. “Los conflictos reales de la vida —escribe Câmara— tienen la misma naturaleza de los problemas literarios” (p. 173). Lautréamont, o “el otro de Montevideo”, como lo interpreta Câmara, rebatiendo el supuesto préstamo de Sue, habría sentido durante toda su breve vida una nostalgia personal imbatible: ni el profesor Lataste, una figura pedagógica muy bien recreada por Câmara, ni después Baudelaire (obviamente influyente hasta la ansiedad en Lautréamont, y no al revés), lograrían suplantar las grandes figuras ausentes en la vida del poeta. El recurso a la cita y el plagio que Lautréamont preconizaría en los últimos meses de su vida tienen una sencilla explicación psicológica.

He dicho hace un instante que la vida cotidiana de Lautréamont careció de grandes acontecimientos y que esta ausencia define el problema del mal, cuya expresión en *Los cantos de Maldoror* ha fascinado desde su publicación a todos sus lectores, a pesar de que la lectura o la posibilidad de la lectura eran, en el mismo umbral del libro, la cuestión que había que resolver. “No es bueno —escribió Lautréamont en la primera estrofa o párrafo de su libro— que todo el mundo lea las páginas que siguen” (*Il n'est pas bon que tout le monde lise les pages qui vont suivre*). Câmara, sin embargo, no podría haber escrito su novela de la vida de Lautréamont si todo el mundo no pudiera leerla y, por tanto, si no hubiera resuelto la cuestión de la lectura de Lautréamont e, implícitamente, el problema del mal, al menos la relación del problema del mal con la literatura. Que la vida de Lautréamont sea novelable y susceptible, por tanto, de una ética literaria interesada por los peque-

1 Véase, con el fin de atestiguar tal dualidad, apuntes wittgensteinianos como el de sus *Vermischte Bemerkungen*, Blackwell, Oxford, 1980, § 70 y 320; la anotación correspondiente al 1-6-1936 en su 'The Language of Sense Data and Private Experience', en *Philosophical Investigations*, 7, 1984, pp. 1-45 y 101-140; el apartado I, 31-33 en *Wittgenstein's Lectures, Cambridge 1932-1935*, Blackwell, Oxford, 1979; las reflexiones de *Últimas conversaciones*, trad. de Miguel Ángel Quintana Paz, Sigüeme, Salamanca, pp. 80-81; y la afirmación que recoge R. MONK, *Wittgenstein: The Duty of a Genius*, Vintage, Londres, 1991, p. 338, en el sentido de que su método filosófico era "exactamente opuesto" al del ateniense, línea que prosigue L. PERISSINOTTO, 'Wittgenstein on Socrates and Philosophy', en *Wittgenstein: eine Neubewertung*, ed. de R. Haller y J. Brandl, Hölder-Pichler-Tempsky, Viena, 1990, pp. 228-239. Sin embargo, en sentido alternativo, véase F. KAMBARTEL, 'Versuch über das Verstehen', en *Der Löwe spricht... und wir können ihn nicht verstehen*, ed. de B. F. McGuinness, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1991, pp. 121-137, concretamente p. 133.

2 Como prontuario de las diferentes facetas de nuestro autor que se han ido destacando a estos respectos durante los últimos casi 85 años de recepción wittgensteiniana, permítasenos mentar M. Á. QUINTANA PAZ, 'Wittgenstein 2006', en *Volubilis*, 13 (2006), pp. 90-118.

3 Véase N. MALCOLM, *Ludwig Wittgenstein*, trad. de M. García Aldonate, Mondadori, Madrid 1990, p. 68. En todo caso, lo cierto es que el anecdotario de Wittgenstein es tan jugoso como para dar pie incluso a diversas publicaciones, que oscilan desde el análisis pormenorizado de una peripecia en concreto (la que protagonizó ante Karl Popper cuando éste visitó Cambridge: D. J. EDMONDS y J. A. EIDINOW, *El atizador de Wittgenstein* (trad. de M. Morras, Peninsula, Barcelona, 2001), hasta una recreación novelesca del curioso avatar de que compartiese en su día escuela secundaria con su coetáneo y compatriota Adolf Hitler (K. CORNISH, *The Jew of Linz. Wittgenstein, Hitler and Their Secret Battle for the Mind*, Hutchinson, Londres, 1999). Ya en vida de Wittgenstein estas historietas habían propiciado la redacción de otro texto, rebozante de sarcasmo, por parte del aún estudiante, pero ya prometedor poeta, J. BELL, *An Epistle on the Subject of the Ethical and Aesthetical Belief of Herr Ludwig Wittgenstein [Doctor of Philosophy]*, en *Whips and Scorpions*, ed. de W. S. Vines Wishart, Londres, 1932, pp. 21-31.

ños acontecimientos, impide que sobre ella recaigan los procedimientos ideológicos que acabarían por hacer del mal durante el siglo XX un objeto banal. Cometeríamos el mismo error que Herman Melville —cuando anotó en su ejemplar de los *Ensayos* que Emerson desconocía la existencia del mal— si atribuyéramos a Lautréamont el desconocimiento del bien. Hay algo en Lautréamont que ya no está en Genet ni en Bataille, algo que en parte tiene que ver con la diferencia entre la ética de la literatura y la sociología, y que la novela de Cámara muestra en cada una de sus páginas.

La lectura de *Cantos de otoño* prepara, en mi opinión, una nueva lectura de Lautréamont o más bien de su otro, Isidore Ducasse. A diferencia de *Los cantos de Maldoror*, impresos desde 1869 pero que no llegarían a publicarse en vida del poeta —invirtiendo su precaución respecto a que no todo el mundo debía leer su libro, nadie lo leería entonces y su lectura sería póstuma—, las inacabadas *Poesías* se publicaron en vida del autor y con su nombre real. Al frente, cualquiera podía leer: "Je remplace la mélancolie par le courage, le doute par la certitude, le désespoir par l'espoir, la méchanceté par le bien, les plaintes par le devoir, le scepticisme par la foi, les sophismes para la froideur du calme et l'orgueil par la modestie". Las últimas cartas corroborarían que Lautréamont/Ducasse habría *changé de méthode*. Averiguar quién sería este nuevo autor —que no aparece del todo en las *Poesías*— podría ser objeto de una nueva novela. A veces se ha dicho que Lautréamont participó en la Comuna de París. Cámara deshace también ese equívoco, pero si algo podemos decir del siglo XX es que condenó a los escritores a vivir una vida políticamente espuria y superficialmente histórica hasta el extremo de vaciar de significado la vida cotidiana, en la que cada uno de los reemplazos que anunciaba Isidore Ducasse tuvo que enfrentarse a amenazas mucho más profundas que las del surrealismo. Gracias a Cámara, conocemos ahora mucho mejor a

Lautréamont y estamos en condiciones de leer a Isidore Ducasse. La novela de la vida de Lautréamont proporciona las *autres renseignements* que nos hacían falta.



WITTGENSTEIN INC.

LUDWIG WITTGENSTEIN
Luz y sombra. Una vivencia
(-sueño) nocturna y
un fragmento epistolar

(trad. de Isidoro Reguera, Pre-Textos, Valencia, 2006).

Miguel Ángel Quintana Paz

Con la muy probable excepción de Sócrates (ante quien, por cierto, nuestro autor nunca dejaría de mostrarse ambivalente),¹ poco arriesgado resulta apostar que Ludwig Wittgenstein sobresale hoy por hoy como el filósofo más "carismático" en los últimos dos mil cuatrocientos años de filosofía occidental. Y sin duda nos cabe en ello una gran fortuna, dado que aquí carisma y valía intelectual alcanzan cotas similares. Pocos pensadores están marcando como él nuestra comprensión contemporánea del lenguaje, de la sociología, de las matemáticas y de la lógica, de la antropología, de la política, de la psicología, de la religión, de la ética, de la estética.² Aunque, a decir verdad, el interés por la personalidad de Wittgenstein no hubo de esperar a que se constatará su relevancia en todos esos campos: ya en vida del filósofo abundaban las habladurías rocambolescas sobre su